



LA PARTICIPACION POPULAR, NECESIDAD BASICA PARA SATISFACER LAS NECESIDADES BASICAS

Luis de Sebastián

RESUMEN

El III Simposium de Ingeniería organizado por la UCA, y que tuvo lugar en julio de 1980, tenía por lema: Tecnología y necesidades básicas. Una de las elecciones magistrales de dicha convención científica fue impartida por el Dr. Luis de Sebastián, y que publicamos aquí por la importancia del tema y la relevancia de lo analizado y ofrecido por él.

Después de rebatir la tesis desarrollista que sostiene que la satisfacción de las necesidades básicas en el Tercer Mundo será como una especie de rebalse de la prosperidad de los países desarrollados, busca una interpretación más acorde con los planteamientos de Samir Amin y de algunos organismos internacionales. El problema de la satisfacción de las necesidades básicas es fundamentalmente interno, de estructuración de la sociedad en lo económico y en lo político de acuerdo a planteamientos sociales. Para obtenerlo es indispensable que se dé una participación popular a todos los niveles, y una verdadera autonomía nacional.

En esta charla me propongo mostrar que para satisfacer cumplidamente las necesidades básicas de las mayorías es requisito indispensable un sistema político tal que haga posible la participación popular a todos los niveles del Estado, de forma que ninguna decisión importante sobre la orientación y funcionamiento de la economía se tome sin participación de los necesitados.

Muchas organizaciones y autores individuales han planteado la satisfacción de las necesidades básicas del tercio más miserable de la humanidad como un objetivo de la estrategia de desarrollo en el decenio de los ochenta.¹ Enfocan el

problema como un problema internacional o global, que tendría que resolverse a un nivel técnico y a un nivel político pero, naturalmente, a escala mundial. Las soluciones técnicas que se han propuesto son varias: una racionalización en el uso de los recursos no renovables, control de la población, mayor crecimiento de la economía mundial, aumentar los flujos comerciales, investigación en y difusión de tecnología apropiada, y cosas parecidas. A nivel político las diversas propuestas se concretan en la creación de un nuevo orden económico internacional que propicie una nueva distribución internacional de trabajo y

nuevos mecanismos de redistribución entre países. A esto se añadirían nuevas políticas de ayuda dirigidas específicamente a los sectores más pobres de los países del Tercer Mundo.

Este enfoque del problema, que hace depender la satisfacción de las necesidades básicas de la prosperidad general de la economía mundial y de una conveniente reorganización (sin afectar lo esencial de las relaciones actuales entre países), es un enfoque sin esperanza. En primer lugar porque el futuro de la economía mundial es más bien negro y además, aunque fuera tan brillante como en la década de los sesenta, la prosperidad "general" siempre está mal repartida y no alcanza a las mayorías del Tercer Mundo.

La economía mundial, encabezada y dominada por las economías nacionales de los colosales industriales del capitalismo, está hundiéndose cada vez más en una depresión no tradicional, caracterizada por el desempleo y la inflación simultáneamente. En esta situación de franca depresión, de escaso crecimiento, de ganancias que quedan sin realizar y de conflictos sociales internos, las potencias capitalistas no pueden prestar atención y mucho menos recursos económicos para implementar políticas nuevas y audaces para el desarrollo de los pueblos más necesitados. Al contrario, esas potencias están regresando apresuradamente a medidas proteccionistas y actitudes poco generosas con un Tercer Mundo por quien se sienten agredidos (como si todos los países del Tercer Mundo constituyeran la OPEP). La última reunión de la UNCTAD en Manila, el pasado año, fue una muestra de lo poco que se puede esperar de un Primer Mundo encerrado en sí mismo y a la defensiva contra los países que sólo tratan de mejorar su posición negociadora.

Pero además, como muy bien ha señalado el social-demócrata norteamericano Michael Harrington:

"Se puede argumentar con alguna fuerza (aunque no estoy del todo convencido) que el 'rebalse' (trickledown) funciona al interior de una nación rica. Pero decir que opera entre países ricos y países pobres es una afirmación completamente distinta y además falsa... Una de las características del Sur es precisamente que el 'rebalse' no funciona y no puede funcionar ahí".²

La prosperidad de los centros capitalistas no ha generado nunca, en los ya muchos episodios de prosperidad del sistema, la prosperidad en los



países dependientes y mucho menos en los sectores populares. Los análisis de la dependencia nos han acostumbrado más bien a vincular causalmente la prosperidad y el crecimiento económico de los países dominantes con la explotación y la miseria de las mayorías de los países dependientes. Sobre eso no vamos a volver aquí.

Lo cierto es que la comunidad internacional ha ido impulsando gradualmente a los países del Tercer Mundo a buscar ellos mismos y con la ayuda de unos a otros, la satisfacción de las necesidades básicas de sus poblaciones más pobres. Así se ha formulado la necesidad de self-reliance (palabra difícil de traducir, menos fuerte que nuestra auto-determinación y que subraya la importancia del propio esfuerzo) y la de collective self-reliance, es decir la de una unidad de esfuerzos nacionales de los países del Tercer Mundo.

Lo más válido que hay en esta tendencia a favorecer self-reliance es que lleva a plantear el problema de satisfacer las necesidades básicas esencialmente a nivel nacional, aunque sin ignorar sus dimensiones internacionales, y, llevando la tendencia a sus últimas consecuencias, a plantearlo como un problema de liberación nacional y de escape del desarrollo capitalista dependiente. Pero esto lo tenemos que mostrar todavía.

Nosotros creemos con Samir Amin, que la lucha por un nuevo orden económico internacional, como por la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías, "adquiere un significado distinto... cuando se empieza por definir primero los objetivos internos de un desarrollo verdaderamente autocentrado y popular y sólo se pasa a considerar luego la manera de incidir sobre el orden mundial a fin de poder avanzar hacia la consecución de esos objetivos".³ Por eso vamos a olvidarnos ya de los aspectos internacionales del problema; vamos a dejar de pensar en las necesidades básicas como un problema de la humanidad, de la organización económica mundial como algo típico de ese colectivo que llamamos Tercer Mundo, para considerarlo como un problema de un país concreto, cuya solución básica tiene que darse en la esfera económica y política de una nación-Estado.

La insistencia en un punto, tan obvio en apariencia, proviene de mi sospecha de que, al plantear el problema a escala mundial, se evitan ciertas consecuencias políticas concretas producidas por la solución del problema a nivel nacional (como pudieran ser la adopción de una economía socialista). Lo que implica un cierto miedo a la solución concreta del problema.

Supuesto, pues, que la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías es un problema básicamente de la competencia del Estado, habría que preguntarse, porqué los Estados respectivos no son capaces, prescindiendo de las condiciones internacionales, de satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de habitantes.

Podría decirse que se debe a que no disponen de suficientes recursos. Pero esto es muy difícil de verificar, cuando una parte de la población y el mismo sector público consumen más recursos nacionales de los que serían estrictamente necesarios para una vida moderada y decente. Cuando en algunos sectores, minoritarios naturalmente, se dan lujos propios de los países más ricos y un evidente mal uso de los recursos nacionales (para no mencionar su fuga del país), es

muy difícil argumentar que no hay recursos para atender a la salud, vivienda, educación y empleo de las mayorías. Quizá, de hecho, no los haya; pero esto no se podrá verificar mientras no se apliquen eficientemente a satisfacer las necesidades básicas. Cuando se apliquen y no den de sí, entonces se podrá concluir con toda verdad que el país no tiene recursos suficientes. Pero suponerlo antes de cualquier verificación, es prueba de una falta de voluntad política para intentar en serio satisfacer las necesidades básicas de las mayorías.

Así preferimos suponer, por lo menos como hipótesis provisional y de trabajo, que si las necesidades de las mayorías no se satisfacen es porque no se aplican los recursos de que puede disponer el país a este propósito; porque se aplican, podemos suponer eficientemente, a satisfacer otras necesidades y a conseguir otros objetivos. En este sentido, es correcto decir que no hay recursos para satisfacer las necesidades de las mayorías y las necesidades y objetivos de los otros, o sea, de las minorías.

La aplicación de los recursos en una sociedad capitalista se hace teóricamente por los dictados de un mercado impersonal, atomístico, donde nadie es más que nadie, perfectamente igualitario y en ese sentido democrático. La realidad no corresponde a esa ideologización. Una asignación de recursos que se llevara a cabo en un mercado donde nadie domina, donde todos los individuos tienen el mismo poder, es decir, ningún poder, no podía producir las desigualdades que hoy produce ni dejaría a la mayoría de la



población con unas necesidades tan grandes sin satisfacer. La aplicación de los recursos es más bien fruto del poder que ejercen los poderosos en los mecanismos del mercado e institucionales, para aplicar los recursos escasos a usos alternativos. Sólo así se puede explicar que la mayor parte de la población no puede satisfacer sus necesidades más básicas.

Tenemos que enfrentar el hecho de que el modo de producción capitalista no contempla, en absoluto, como objetivo de la actividad económica el satisfacer ninguna necesidad particular. El trata con mercancías, con valores de cambio incorporados en variados objetivos o acciones, sin atención directa a sus valores de uso (que, naturalmente, se suponen) y a las necesidades que satisfacen. Es cierto que con el funcionamiento del sistema capitalista se satisfacen muchas y variadas necesidades, verdaderas y artificiales, y en algunos casos las necesidades básicas de toda la población. Pero, aun en estos casos, ese efecto no se sigue de la naturaleza capitalista de la economía, sino más bien es un resultado del gran desarrollo de las fuerzas productivas del sistema. En economías donde las fuerzas productivas están todavía subdesarrolladas no es lógico esperar, del funcionamiento capitalista de la economía, que se satisfagan las necesidades de todos. Lo lógico es esperar lo contrario.

Así pues, una economía como la nuestra no tiene, ni nunca ha tenido, como objetivo real y verdadero, es decir, independiente de intenciones o veleidades subjetivas, el satisfacer las necesidades de la población. Esto no lo permitirían su naturaleza capitalista. Pero nuestra economía no es un sistema capitalista puro; en su funcionamiento han interferido las voluntades e intenciones correctivas de los gobernantes para conseguir efectos "sociales". Como consecuencia, se han tomado decisiones de naturaleza redistributiva para "llevar los frutos del desarrollo económico a los sectores más necesitados". Estas acciones han sido realizadas al margen y aun en contra del funcionamiento normal del sistema, como atestiguan las protestas de los capitalistas. Por eso mismo han sido insuficientes y de poca duración; lo que muestra que a este sistema no se le puede forzar mucho para extraerle "bienestar para todos". El sistema capitalista dependiente no da tanto de sí.

Parece, pues, evidente que para satisfacer las necesidades básicas de las mayorías hay que

abandonar el modelo de desarrollo dependiente, que va a dar fatalmente en subdesarrollo, marginación y miseria, y emprender la vía de un desarrollo económico no capitalista. Para esto habría que intentar una organización económica pragmática y popular por una parte y nacional y anti-imperialista por otra.

Una economía pragmática es una economía orientada prioritariamente a producir valores de uso, con la intención puesta en las necesidades que los productos satisfacen o pueden satisfacer; es una economía que funciona primera y principalmente para satisfacer necesidades y sólo de forma secundaria para producir ganancias a los propietarios privados de los medios de producción. En este sentido, es una economía orientada al bien más común y general de la sociedad y no al interés particular de una clase social que se ha apropiado los medios de producción de la sociedad. La economía así orientada a satisfacer necesidades, debe atender prioritariamente y de manera especial a aquellos sectores de la población que han sido perjudicados en cuanto a la satisfacción de sus necesidades vitales por otros modelos de desarrollo y formas de organización de la economía. Tiene pues que ser popular, en cuanto la satisfacción de las necesidades populares tiene que convertirse en el objetivo directo y principal de la organización y funcionamiento de la economía, y todos los demás, que hoy son prioritarios, tienen que subordinarse a éste o desaparecer si son incompatibles. Economía popular quiere decir que los recursos económicos del país y los que pueda obtener de fuera se aplican preferentemente en producir aquellos bienes y servicios que las mayorías necesitan en mayor cantidad y más urgentemente; y que esto se intentará en el mayor grado posible, de forma que si no hay suficientes recursos para esto, tampoco los tiene que haber para lujos, ganancias extraordinarias y gastos inútiles de las minorías. Una economía popular se tiene que distinguir de la que hoy tenemos en la composición del producto nacional, en los bienes y servicios que se producen, en el tipo y en el monto de las inversiones públicas que se realizan, en la estructura de la propiedad y la organización de las empresas que producen los bienes y servicios esenciales, en la clase de tecnología que se emplea y, finalmente, en el principio ordenador de la actividad económica, que no puede ser un mercado supuestamente libre, sino tiene que provenir de la planificación económica.



Una economía tal no puede menos de ser nacional y nacionalista, porque para ser verdaderamente popular, en el sentido explicado, tiene que cerrar el paso a los influjos internacionales que tratan de fijar objetivos no populares a la actividad económica. No se trata de buscar la autarquía económica (la cual sería ciertamente la condición ideal para un desarrollo autocentrado y popular que en el caso de El Salvador no parece posible), sino el subordinar la actividad económica de empresas y países extranjeros en nuestro suelo a los objetivos prioritarios de la economía popular. Esto implica que ciertas empresas no podrían seguir funcionando como ahora funcionan, produciendo lo que ahora producen y como ahora lo producen, de forma que la condición de su permanencia en el país tiene que ser su subordinación a los objetivos prioritarios de la economía. La situación no es nueva para las empresas internacionales y ya saben como adaptarse a ella.

Una tal economía tiene que oponerse a las presiones que ejercen los centros capitalistas para asegurar una división internacional del trabajo que les favorezca a ellos en toda circunstancia. Así, la economía popular tiene que esforzarse continuamente para redefinir sus relaciones económicas con las potencias imperialistas, que en nuestro caso se concreta en los Estados Unidos, y conseguir el mayor espacio posible de autodeterminación económica. En este sentido una economía verdaderamente popular no puede menos que ser anti-imperialista, porque tiene que defender su dirección, su organización y su funcionamiento contra la succión de las grandes potencias que actúan sobre el país.

Para conseguir esta economía pragmática, popular, nacionalista y anti-imperialista, que garantizaría la satisfacción de las necesidades básicas, hay que hacer cambios radicales en las estructuras económicas y políticas de los países del Tercer Mundo. Estos cambios tienen que concretizarse en la participación popular a los niveles donde se fijan los objetivos de la economía, se definen las políticas a seguir y se controla y evalúa la implementación. La lógica de esta necesidad de participación lleva a postular un aparato estatal en el que sea hegemónica la presencia popular. Pero vayamos por partes.

Todo el mundo admite que la satisfacción de las necesidades básicas exige la participación activa de los necesitados en el proceso.

Así, la Conferencia Mundial Tripartita or-

ganizada por la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra en 1976, que puso en movimiento la problemática de las necesidades básicas, decía:

“Una política orientada hacia la satisfacción de las necesidades básicas supone la participación de la población en la adopción de las decisiones que la afectan”.⁴

Y más en detalle añade:

“Es esencial que las personas cuyas necesidades básicas hay que satisfacer, participen en la determinación de esas necesidades y no que éstas se fijen desde arriba”.⁵

Las mismas ideas están recogidas en el reciente “Informe de la Comisión Independiente sobre Cuestiones Internacionales de Desarrollo”, más conocida como la Comisión de Willy Brandt. El Informe de 1980, que se llama “Un programa para la supervivencia”, después de proponer diversas medidas y reformas para las necesidades básicas, afirma que la participación popular sería la mejor garantía para que se implementaran esas medidas:

“...se puede argumentar que una amplia participación política y un liderazgo decidido son las mejores garantías de políticas tales como las recomendadas”.⁶

Los dos influyentes informes van más allá de recomendar la participación popular y proponen la organización popular como medio de participación y garantía del cumplimiento de las medidas.

El Informe de la OIT dice:

“Probablemente esta participación se hallará en muchos países obstaculizada por la falta de organizaciones que puedan expresar las opiniones y aspiraciones de los grupos más pobres de la población, especialmente de las zonas rurales. Por lo tanto, puede muy bien suceder que el intento de hacer participar al pueblo en el establecimiento de objetivos de necesidades básicas constituye un oportuno estímulo para establecer esas organizaciones”.⁷

Y por su parte la Comisión Brandt:

“Esto tendrá que ser acompañado por esfuerzos para motivar al pueblo a que se organice. Obreros y campesinos, mujeres y jóvenes —organizados en sindicatos, cooperativas y otros grupos— serán la garantía de que se hagan reformas en muchas áreas económicas y sociales. En lograr los objetivos principales del desarrollo, ningún sistema que carezca de una genuina y plena participación del pueblo

será satisfactorio y verdaderamente efectivo”.⁸

He querido apuntalar con testimonios de autoridad una idea que es por demás obvia: si los necesitados no llevan la hegemonía en satisfacer sus propias necesidades, ¿quién la va a llevar?

No se puede esperar de gobiernos, puestos por las minorías y para las minorías, que establezcan y conduzcan una economía popular. “Es obvio, dice un competente estudioso de América Latina, que los objetivos de la mayor parte de los gobiernos del Tercer Mundo son incongruentes con las políticas implícitas en una estrategia para las necesidades básicas, o sea, una gran aceleración de la tasa de crecimiento combinada con una radical redistribución del ingreso y la riqueza”.⁹

Eso da también nuestra experiencia. Los gobiernos puestos y sostenidos por las clases dominantes y el imperialismo pueden llegar a realizar amplios programas de beneficencia, ensayos limitados de una mejor redistribución, reformas agrarias controladas y cierto tipo de nacionalizaciones, pero tienen un freno definitivo para pasar a organizar toda la economía en su conjunto, de forma que no beneficie prioritariamente a la burguesía y a los centros imperialistas, sino que satisfaga, antes que ninguna otra cosa, las necesidades básicas de las mayorías. Es una lógica simple y contundente. Para establecer y hacer funcionar una economía popular hace falta un gobierno popular, un gobierno puesto y defendido por las mayorías necesitadas y sus organizaciones políticas, un gobierno de los necesitados y para los necesitados. No se puede confiar a un gobierno de satisfechos el velar por los intereses de los necesitados, sobre todo cuando se da un conflicto entre los intereses de ambos. Las minorías dominantes no pueden hegemonizar la estrategia para satisfacer las necesidades básicas, porque entonces la estrategia se implementará hasta el punto justo en que las minorías comienzan a perder privilegios o simplemente ganancias. Esto es lo que ha venido sucediendo hasta el presente.

Expertos del Banco Mundial, basados en la experiencia de varios países, han llegado a la siguiente conclusión:

“Las necesidades básicas han seguido en general insatisfechas y no porque el gasto público sea insuficiente al respecto, sino porque ha estado mal dirigido y porque no beneficia a to-



dos los grupos de la población. En Brasil, por ejemplo, la proporción de gasto en salud pública dedicado a la medicina preventiva bajó del 87.1% en 1949 al 29.7% en 1975. En Pakistán el 40% del presupuesto de educación va a la formación universitaria, en tanto que sólo el 3% de los estudiantes son los que van a la universidad. No solamente se gastan los recursos para sectores sociales en actividades que contribuyen poco a la satisfacción de necesidades básicas, sino que además los grupos desposeídos y especialmente vulnerables tienen escaso acceso a ellas".¹⁰

Tampoco se puede confiar a la comunidad internacional la hegemonía en satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías. La "comunidad internacional" es una entelequia que cubre la presencia y la acción de las empresas internacionales en el mundo. No hay duda, como señala Joan Robinson, que "esta estrategia (la de las necesidades básicas) es antagónica a los intereses inmediatos de las corporaciones internacionales, que se encontrarían con una reducción de las mercancías innecesarias que producen. Tales intereses creados sólo rinden culto verbal a los ideales humanitarios".¹¹ Los intereses extranjeros en el país están dirigidos más que nadie a los mercados internacionales (caso de la exportación) y a los reducidos mercados de la burguesía y las capas medias (caso de las manufacturas de las multinacionales). Su funcionamiento actual aporta poco a la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías.

Llegamos, por fin, a la conclusión de que la estrategia para satisfacer las necesidades básicas exige cambios en la cúpula del poder político del Estado que den cabida en ella al poder popular. De donde se desprende que la opción por satisfacer las necesidades básicas de las mayorías de un país es una cosa muy seria y grave, porque requiere un cambio político revolucionario. No nos podemos engañar en este punto. Si realmente queremos que las necesidades básicas de las mayorías sean completamente satisfechas, tenemos que ir hasta las últimas consecuencias. Los que no estén dispuestos a ir hasta el fin lógico y natural, sean personas, grupos o países, deben cesar de hablar de las necesidades básicas como objetivo principal de la estrategia de desarrollo para la década de los ochenta. Que inventen otro slogan, pero que no usen la cruel realidad de las necesidades de las mayorías del Tercer Mundo para sus fines políticos, demagógicos o de guerra fría.

Lo mismo se podría pedir a aquellos países que no apoyan, a causa de sus propios intereses, a aquellas personas, grupos o países que han emprendido el único camino para satisfacer cumplidamente las necesidades básicas de sus mayorías: el de la conquista del poder para el pueblo. Porque existen países cuyos gobiernos no dejan de la boca la filosofía de las necesidades básicas, pero luego se oponen de hecho a quienes en un país determinado tratan realmente de satisfacerlas. Estos gobiernos se oponen a un modo de satisfacer las necesidades básicas de las

mayorías del Tercer Mundo, que no sea el suyo. Estos gobiernos tienen la concepción, que Michael Harrington atribuye por igual a los presidentes Kennedy y Eisenhower, "de que las naciones pobres deben pasar por la experiencia norte-americana, porque el nuestro es el único camino efectivo a la modernización".¹² En muchos casos hay algo más que eso. Los Estados Unidos y otros países capitalistas son percibidos por las mayorías del Tercer Mundo como los causantes a nivel internacional de su opresión y miseria.¹³ Por esa razón el poder popular en el Tercer Mundo no es favorable a esos países (máxime cuando se oponen activamente a su liberación nacional) y tiende a mirar con simpatía a los países del campo socialista. La solución popular al problema de las necesidades básicas se convierte así en un problema de la guerra fría, que vuelve a arrear en nuestros días; problema que tiende a resolverse a otro plano y según otros principios. Para algunos países las exigencias norteamericanas de la guerra fría son en la actualidad un obstáculo serio a la satisfacción de las necesidades básicas. Los pobres del Tercer Mundo tendrán que seguir acumulando miseria y desesperación para evitar la posibilidad, más o menos remota, de que se extienda el campo socialista. Todo en aras del equilibrio mundial.

Y así termino, planteando de nuevo el problema a escala internacional; aunque lo hago de una forma completamente distinta a lo que es habitual en el mundo occidental. Así planteado, el problema internacional de satisfacer las necesidades básicas se reduce al problema de permitir y ayudar, o todo lo contrario, a los movimientos de las mayorías que buscan el poder para satisfacer sus necesidades más graves y urgentes.

Julio 26, de 1980.

NOTAS

- 1 Así, por ejemplo, UN, DEPARTMENT OF INTERNATIONAL ECONOMIC AND SOCIAL AFFAIRS, 1978, *Development in the 1980s. Approach to a new strategy*, New York.
- MCLAUGHLIN, Martín M., 1979, *The United States and World Development. Agenda 1979*. Praeger Publishers, New York.
- Particularmente en pp. 3-14.
- 2 HARRINGTON, Michael, 1977, *The Vast Majority. A Journey to the World's Poor*, Touchstone, New York.
- 3 AMIN, Samir, 1978, "El nuevo orden económico internacional", *Revista Mensual*, 10, p. 74.
- 4 OFICINA INTERNACIONAL DEL TRABAJO, 1976,

Empleo, crecimiento y necesidades esenciales. Problema mundial. Ginebra, p. 34.

- 5 *Ibidem*, p. 38.
- 6 WILLY BRANDT COMMISSION, 1980, *North-South. A program for survival*, The MIT Press, Cambridge, Mass., p. 128.
- 7 OFICINA INTERNACIONAL DEL TRABAJO, *Loc. cit.*, p. 38
- 8 WILLY BRANDT COMMISSION, *Loc. cit.*, p. 133.
- 9 GRIFFIN, Keith "Increasing Poverty and Changing Ideas about Development Strategies" *Development and Change*, ICS Oxford. Citado por Joan Robinson.
- 10 BURKI, Shadid J., 1980, "Prioridades sectoriales para satisfacer necesidades básicas". *Finanzas y Desarrollo*, 17, No. 1, p. 21.
- 11 ROBINSON, Joan, 1979, *Aspects of Development and Underdevelopment*. Modern Cambridge Economics, Cambridge University Press, p. 132.
- 12 HARRINGTON, M., *Loc. cit.*, p. 20.
- 13 Un observador imparcial como el laureado con el Premio Nobel Gunnar Myrdal recuerda que "el gobierno americano en el periodo de la posguerra ha estado dispuesto a aceptar como aliado a cualquier régimen reaccionario en un país subdesarrollado que tome una actitud firme contra el comunismo... De esta forma los Estados Unidos adquirió la imagen a los ojos de todo el mundo, y particularmente en el mundo subdesarrollado, de un país que defiende la reacción a escala mundial". MYRDAL, Gunnar, 1971, *The Challenge of World Poverty*. Pelican Books, p. 263.